

# Enseñanzas: Carlos Montemayor en el Centro Mexicano de Escritores

Héctor Antonio Sánchez



Martha Domínguez, Carla Zurián, Marfa Rivera, Juan Claudio Retes, Andrés Ramírez, Daniel Espartaco Sánchez, Héctor Antonio Sánchez, Javier Wimer, Guillermo Soberón, Griselda Álvarez, Alf Chumacero, Mario Ramón Beteta y Carlos Montemayor. Cortesía Héctor Antonio Sánchez

EN ENERO DE 2001, cuando cursaba la licenciatura en letras en Xalapa, recibí un telegrama procedente de la ciudad de México, en que se me informaba el otorgamiento de una beca en el Centro Mexicano de Escritores. Martha Domínguez, secretaria ejecutiva de la institución, me rogaba comunicarme a la brevedad; debía confirmar si podría aceptar las condiciones del estímulo, que se resumían en una sola, de carácter sagrado: asistir cada miércoles a la casa de Luis G. Inclán 2709, en Villa de Cortés, para participar de la tutoría dirigida por Alí Chumacero y Carlos Montemayor.

“Un telegrama”, “el CME”: apunto lo anterior y me doy cuenta de que mis palabras resguardan una cierta adorable arqueología, el paño favorable de las cosas que ya no existen. En la casa de Luis G. Inclán, en efecto, se respiraba un aire vetusto: Martha parecía resistirse al uso de medios electrónicos y otras aberraciones de la modernidad, y así la tutoría, un taller literario en todo derecho, preservaba el encanto de una escuela longeva, celosa de los cincuenta años que justamente estaba por cumplir.

Allí se habían discutido las versiones primigenias de obras que necesaria, calladamente, nos intimidaban a los seis becarios, repartidos entre diversos géneros: desde el primer día escuché el rumor de que en la casa se conservaban manuscritos, borradores y primeras ediciones autografiadas de obras de la talla de *Pedro Páramo*, *Farabeuf* y *La región más transparente*. No tuve la ocasión de corroborar la existencia de tales fantasmas, pero su aura atravesaba la estancia, su erosionada alfombra, la amplia mesa señorial en que comentaríamos nuestros propios textos a lo largo del año.

Era evidente que la gestión del centro, o sea Martha, realizaba enormes esfuerzos por mantener aquel maltrecho barco a flote, y no era difícil intuir, para alguno más avisado que yo, que sus años de gloria habían pasado y que la casa se acercaba al final de su existencia. Pero aún la perseverancia de Martha, y la excelencia de nuestros tutores, sostenían con dignidad sus muros.

Desde el principio intuimos la naturaleza de aquellas reuniones: discutiríamos dos textos de géneros distintos, primero los becarios, luego Alí Chumacero, al final Carlos Montemayor, quien concedía los turnos. Este singular orden, la última palabra en boca del más joven de nuestros tutores, obedecía, más que a la relevancia, a la naturaleza de sus juicios y aun de sus obsesiones: si Chumacero era un guardián del detalle, Montemayor era un observador del todo.

El maestro Alí —como cariñosamente lo llamábamos— sabía pulir las aristas del estilo con precisión de orfebre; evaluaba los pormenores con la ecuanimidad de las hormigas: una coma aquí, que estropeaba la natural respiración de un verso o un enunciado; una repetición allá, un verbo impreciso o —afrenta más grave que ninguna— el descuidado uso de un adjetivo o un adverbio. “Lee a Borges” fue para mí la consigna durante casi la totalidad del año. “Atiende los adjetivos en Borges”: la presencia de Alí, adorable a mis congéneres —como la de un abuelo generoso—,

creaba en cambio en mí una incesante angustia, incomprensidos y hasta insultados como sentía mis esfuerzos. (Y ahora, años después, no puedo sino agradecer sus embates: sin importar el vigor de nuestras ideas, sólo la prosa como concreción existe y, como la música, acaso debiera anhelar continuamente los signos de la transparencia.)

El maestro Montemayor —a quien nunca hubiéramos llamado de otro modo— observaba la estructura con una perspicacia de arquitecto: personajes o diálogos superfluos o fallidos; versos que nada agregaban al decurso del poema; tautologías en el ensayo. Su erudición era constante, y podía por igual citar en su forma arcaica a los bucólicos griegos, por ilustrar el ritmo de un verso, o exponer con agudeza la evolución del Estado mexicano, por señalar la insuficiencia de un argumento ensayístico. Recia, atinada siempre, su figura, señalada por ese discurso lúcido y nutrido, del que no estaban exentos el humor y a ratos el epigrama, causaba por igual entre mis congéneres —sospecho— una atracción y un rechazo que a veces podía rozar el encono y hasta la habladuría. En contraste, al ser el más joven entre ellos, yo hallé en Montemayor la protección y la generosidad de un verdadero maestro, que en la escasez de mis luces confundía entonces con una cierta conmiseración.



Fotografía: Archivo Carlos Montemayor

Pues era un hombre sabio, ciertamente, pero a la vez de gran reciedumbre: confieso que yo, que me sentaba a su izquierda —él presidía la mesa de ocho sitios—, no lograba evitar un secreto temblor cada vez que se dirigía a mí, con su mirada y su voz firmes, para exponer las carencias y hallazgos de mis cuentos.

Hombre, al fin, de marcados hábitos: no puedo callar aquí cierta travesura que conflagramos los becarios un día, por el mero afán de perturbarlo. Antes de su llegada, intercambiamos los sitios donde nos habíamos sentado sin variación a lo largo de medio año. Miradas cómplices, maliciosas, ante su reacción: “no se hallan, Alí, no se hallan”. A la semana siguiente volvimos a nuestro sitio habitual.

El taller siguió su curso, y hacia el final, como impulsadas por la armonía que solemos avistar en la naturaleza, se asentaron en un cuento las enseñanzas arquitectónicas de Montemayor y las exigencias artesanales de Alí, y merecí el aplauso de este último, lo que significó para mí una suerte de bautismo.

Hace unos días leí una obra testimonial de mi maestro, *Encuentros en Oaxaca*, en que refiere su experiencia en cuanto impulsor de literatura en lenguas indígenas. Allí veo por primera vez —sí, a través del paño de la escritura—, a ese otro ser que nunca se habría revelado ante nosotros; presiento una vulnerabilidad, una indefensión en la que puedo al fin reconocirme: la que él habrá visto en el muy torpe escritor que yo era entonces. En esas líneas atestigua la insuficiencia de cuanto ha aprendido —en la literatura, en la academia, en su cosmopolita periplo por el mundo— frente a la crudeza de un país otro, que no convive con el que se expresa en español sino que es ignorado, explotado y humillado por él: “¿un hombre como yo sirve en ese mundo tanto como otros que saben herrar, pulir madera, sembrar, producir carbón, hacer ropa, tejer cestos? ¿Sirve para este momento, para *esta* gente? Aquí se necesita otra alma, otro ser.”

Ahora bien, poseo la rara proeza de que mi primera y más atroz borrachera ocurrió en presencia de mis maestros, en el brindis por la última sesión de trabajo. Yo no llegaba aún a la veintena, y tan escasas en verdad eran mis luces, que muy pronto la Black Label con que nos halagaron causó desfiguros aquí inconfesables. “Hombre, no se toma de esa forma”, me dijo sonriente Carlos Montemayor a la semana siguiente, tras la cena de despedida de nuestra generación. “Ya aprendió a escribir: ahora aprenda a beber. Y deje esa timidez, y aprenda también a vivir.”

Me dio la mano y luego me abrazó con un afecto genuino, aquel enero de 2002 de un país que ya no existe, el último que él conoció. Le dije adiós con la mano cuando se alejaba en su automóvil. Fue la última vez que lo vi. 